
IDEAS GENERALES

ACERCA DE LAS BELLAS ARTES

Y SU RELACIÓN CON LA LITERATURA.

SEÑOR MINISTRO, SEÑORITA DIRECTORA, SEÑORES:

Difficil es para quien por primera vez se encuentra en la precisa necesidad de dirigir á un público, tan inteligente como ilustrado, sus mal concertadas ideas y torpes enunciaciones.

Quien apenas comienza á balbutir las primeras frases y á escuchar los primeros sonidos de esa celestial armonía que viene á despertar á la niñez del letárgico sueño en que la ignorancia la tiene sumergida, ¿qué puede decir de un asunto tan arduo como desconocido, cuál es la cuestión que se me ha encomendado?

Al dársle á conocer diréis: ¿quién es ésta, que sin medir sus fuerzas, quiere remontarse á vuelos tan elevados sin que su edad y su ignorancia la detengan?

Y á fe que con justa razón diréis tal cosa: soy la primera en confesar mi atrevimiento y mi ineptitud. Pero soy también la que más confía en vuestro perdón, porque si vuestro saber es notorio, vuestra indulgencia no será menos.

El vasto estudio de la literatura, que, como sabéis, puede abarcar todo lo que se refiere á la infinidad de concepciones

humanas, nos hace soñar tal vez con hermosísimas apreciaciones. Pues así como todas las ciencias podemos considerarlas como componentes de un todo infinito que constituye la sola interpretación de la naturaleza, de la misma manera podemos considerar á la literatura como el arte más extenso, puesto que puede comprender todas las bellas y claras manifestaciones de nuestro espíritu.

Etimológicamente la palabra literatura significa todo lo concerniente á letras, pues se deriva del vocablo latino *littera*, que quiere decir letra.

En este concepto, es literatura todo lo que se refiere á las letras, ó á las palabras de que forman parte, ya sea en una conversación, en una carta, en una novela, en un drama ó en una obra científica; esto es, á toda manifestación del espíritu hecha con palabras, sea perfecta ó imperfecta, podríamos llamarle literaria. Pero el uso, que racionalmente viene á dar á las palabras no las acepciones que por su etimología les corresponden, sino las que por el diverso empleo que les damos les convienen mejor, nos ha hecho servirnos de esta palabra para enunciar un estudio, el más noble tal vez, puesto que nos enseña á hacer el debido empleo de la palabra, uno de los más admirables atributos del hombre.

En efecto, la Literatura es un arte que nos enseña el conocimiento y realización de la belleza, pues se ocupa de la bella manifestación del pensamiento por medio de la palabra.

Siendo el objeto de mi composición exponer la relación que hay entre la Literatura y las demás artes bellas, definiremos lo que es arte y las clasificaciones que admite.

Llamamos arte en general, al conjunto de preceptos que debemos observar para llegar á un fin premeditado.

Las artes se han clasificado de varias maneras, según se atiende al fundamento de sus reglas, á las facultades que se pongan en actividad ó al fin que se propongan.

Las llamamos empíricas ó científicas: son empíricas si sus reglas están basadas en leyes y principios deducidos de la ex-

periencia ó de la práctica; y se llaman científicas, si estas reglas están basadas en las leyes que la ciencia descubre.

También reciben otras denominaciones, según el medio que empleen: si trabaja más la práctica y destreza de la mano, se llaman mecánicas; y toman el nombre de liberales aquellas en que obra más el entendimiento.

Además, si clasificamos á las artes por razón del fin, se dividen en útiles y bellas. Son útiles las que tienen por objeto satisfacer las necesidades de la vida, y bellas las que tienen por fin principal la expresión de la belleza, de modo que aun cuando realicen fines diversos como instruir ó moralizar siempre vayan enlazadas con lo primero.

Atendiendo á todas estas circunstancias, consideraremos á la Literatura como arte científica, liberal, útil y bella: científica, porque sus reglas están basadas en las ciencias filosóficas; liberal, porque exige un especial ejercicio de nuestras facultades intelectuales; útil y bella, porque sus preceptos se han dividido en dos partes principales: la primera, que podemos considerarla como útil, se llama Retórica, y la segunda es la Poética, que se refiere á todas las obras cuyo objeto es la realización de la belleza por el elemento acústico de la palabra.

El Arte tiene sus raíces en la sensibilidad y en la natural necesidad que el hombre tiene de comunicar á los demás sus ideas é impresiones, con la misma intensidad y de la misma manera que las siente; pero como no todos sentimos ni podemos apreciar las cosas de la misma manera, tampoco podríamos valernos de un mismo medio, ni menos inclinarnos á un mismo género de expresión: de ahí la vocación á las distintas artes.

Además, la belleza, como veremos luego, es divina, inexplicable, incorpórea é inmaterial, es un rayo divino que atrae nuestros corazones, elevándonos hasta el trono de Dios, y no puede haber un medio que la exprese toda.

De aquí también la división del Arte bello en artes particulares.

El objeto de todas las bellas artes es la realización de la belleza, valiéndose de diferentes medios; de consiguiente, el fundamento de todas ellas lo encontraremos en la Estética.

Esta ciencia se ocupa; 1º, de formular las leyes de este ser abstracto llamado belleza; y 2º, de analizar los medios de que el hombre puede valerse para reproducirla.

Consideraremos la primera parte estudiando la belleza en su esencia y según el efecto que nos produce.

Todos hablamos de belleza; pero ¿en qué consiste? ¿Qué es la belleza? ¿Dónde está?

Desde luego podemos decir que la variedad de los seres que podemos conocer ya por medio de nuestros sentidos como por las concepciones intelectuales, ya sean del orden físico, intelectual ó moral, ejercen en nuestro espíritu impresiones distintas: agradables, desagradables ó indiferentes; y según sean estas impresiones, así podemos calificar á los objetos que las producen llamándolos hermosos, feos ó deformes.

Todo ser ó fenómeno que es capaz de impresionar nuestra parte afectiva, más que á nuestras facultades intelectuales, ó todo lo que excita y conmueve nuestra alma, lo llamamos bello ó sublime.

La belleza, según algunos filósofos, está constituida por la unidad y variedad armónicamente combinadas; hay unidad cuando todas las partes están tan estrechamente ligadas que nos dan la idea de un objeto único; y hay variedad cuando estas partes son distintas y aun contrapuestas, sin que por esto rompan la ley general de la unidad.

Pero esta definición no es muy acertada, pues bien podemos reunir varios cuadritos de diferentes colores y nos resultará una figura que no tiene nada de bella, por el contrario, un trozo de cielo azul es bello sin que haya verdadera variedad; como lo es también una noche de verano, templada, llena de perfumes é iluminada por la apacible luz de la luna, que entre un vapor de plata, flota en un cielo azul, sereno y transparente. Aristóteles dice que lo bello consiste en el orden y la gran-

deza; lo que tampoco es indispensable, pues las más pequeñas flores del campo son bellas.

Opiniones autorizadas son: la de Platón, que funda la belleza en la regularidad y simetría; y la de San Agustín, quien dice que consiste en la unidad.

Si aceptamos lo primero nada habría más bello que un octágono regular, y en el segundo caso, á la rica variedad reemplazaría la sencillez, esto es, la simplicidad.

Estas y otras definiciones que se han dado tienen en su fondo grandísimas verdades, pero como vemos, ninguna satisface enteramente ni resuelve todas las objeciones.

De lo expuesto se infiere que la belleza es un sér que no se puede definir por ser una cualidad aplicada á cosas tan distintas, que no se podrían comprender todas en una definición.

Analizando el efecto que en nosotros produce la belleza diremos: que al contemplarla experimentamos un sentimiento agradable, tranquilo, duradero é independiente de toda idea de utilidad ó conveniencia. ¡Parécenos ver la realización de nuestras ideales aspiraciones!

Hé aquí por qué ese iris que se presenta entre cambiantes de luz nueva y deslumbradora para el espíritu que de la tierra se levanta, hace concebir al hombre esa promesa de felicidad hecha á todos los seres que presienten á su Dios en el cielo de su inteligencia y de su amor.

Cuando la belleza llega á su grado más alto y sorprendente, toma el nombre de sublimidad.

Y así como percibimos y sentimos la belleza, de la misma manera somos impresionados por la sublimidad.

Algunos dicen que lo sublime consiste en lo irregular, lo que no es admisible, pues si fuera así, nada sería más sublime que la piedra y la madera informes, ó las extraviadas ideas de un demente.

Herder dice que es la flor de la bondad y la cumbre de la hermosura.

Otros creen que es la majestad de lo bello. Hegel llama á

lo sublime, la potencia rompiendo la forma por ser ésta impotente para contenerla.

Estas y otras definiciones nos dan una idea de la sublimidad, pero las dos últimas son las que más parecen acercarse á la verdad; porque lo sublime es aquello en cuya presencia se despierta en nosotros indeliberada y rápidamente el sentimiento de lo infinito.

En efecto, á la sublimidad podemos considerarla como otro género de belleza, caracterizada por la ilimitación, la ausencia de medida y de forma, pues lleva consigo la idea de una fuerza creadora y destructora, una gran fuerza activa y poderosa que nos hace estremecer.

Kant dice, que lo sublime produce en nosotros un placer negativo, porque nos hace experimentar muy distintas sensaciones á las de lo bello, pues la emoción que producen los objetos sublimes, es á la vez un dolor para la imaginación y los sentidos, que se sienten empequeñecidos por todos lados, y un placer para la razón, que encuentra en ellos un símbolo de sus ideas de infinidad, de inmensidad y de grandeza absolutas.

En la belleza, lo mismo que en la sublimidad, hay tres órdenes: física, intelectual y moral; según sean los objetos que nos hagan experimentar los sentimientos que hemos mencionado. Sería ejemplo de belleza física un valle aislado y fértil, adornado con las galas de la primavera; uno de esos sitios cubiertos de fina y espesa yerba que produce el efecto de un tapiz bordado de mil florecillas y donde se mecen las rojas amapolas que contrastan con las sencillas y blancas margaritas, rosas silvestres, aromáticas violetas y otra multitud de florecitas cuyos poéticos nombres ignoramos.

Una ligera y perfumada brisa mueve las flores y las altas yerbas, que se inclinan y se levantan como las olas de un mar agitado.

Como á la mitad de este sitio se encuentra un peñasco de cuyo seno brota un manantial que cae gota á gota por entre las verdes hojas de las plantas que crecen á su borde. Esas gotas

que al caer brillan como si fueran diamantes, y que con un ruido semejante al de las abejas cuando zumban alrededor de las flores, van á caer en un lago que apenas riza el viento de la tarde.

Indefinible gozo se apoderaría de nosotros al contemplar este cuadro, y lo calificaríamos de bello; pero si seguimos nuestro camino y llegamos al lugar en que una hirviente catarata se precipita de abismo en abismo, semejando al caer inmensos copos de espuma y ese cielo, antes tan sereno, empieza á oscurecerse por el agrupamiento de nubes, cuyas negras siluetas semejan terribles fantasmas, y por último, se desata una horrible tempestad, entónces quedamos como anonadados y se apodera de nosotros cierto pavor al ver aquellas grandezas y nuestra pequeñez.

Si por otra parte, suponemos una de esas noches en que el cielo se muestra en todo su esplendor, y nos ponemos á contemplar esos millares de astros que brillan sobre el precioso azul del firmamento, admiramos su hermosura y poco á poco vamos elevándonos hasta figurarnos cómo se iría entreabriendo esa inmensa bóveda de cuyo interior saldría un resplandor vivísimo que todo lo rodea, y cómo al silencio de la noche oiríamos notas suavísimas, acordes distintos, rumor de alas, armonías extrañas de cítaras y arpas, y por último, nos figuramos ver todos los esplendores del cielo, todas las armonías en una sola armonía, y enmedio de aquel foco de luz, de vida y movimiento, y enmedio de inmensos mundos que giran sobre sus ejes de oro, al Supremo Hacedor, al autor de todo lo creado!

Y al figurarnos todo esto, caemos de rodillas llenos de un estupor indecible, alabando á Dios, fuente inagotable de sabiduría y grandeza infinitas!

A la belleza intelectual corresponde todo lo concerniente á nuestra inteligencia: como resolver un problema difícil, conocer á fondo una ciencia, etc.

Como ejemplo de sublimidad intelectual podríamos citar esas gigantescas concepciones de todos los genios que han sorpren-